

Hernán Sánchez Martínez de Pinillos. *Quevedo en el origen y el fin de la modernidad*. Biblioteca Áurea Hispánica, 132. Madrid: Iberoamericana / Vervuert, 2022. ISBN 978-84-9192-119-6. 814 pgs.

Reviewed by: Álvaro Bustos  
Universidad Complutense, Madrid



*Quevedo en el origen y el fin de la modernidad* del Prof. Sánchez Martínez de Pinillos representa un hito en la reflexión sobre el lugar de Quevedo en el canon de la lírica y el pensamiento occidentales. Con una metodología de literatura comparada se analizan la asimilación y reescritura de la tradición bíblica y de la clásica en la poesía y la prosa de Quevedo, así como la proyección generadora de imágenes y conceptos quevedianos en la modernidad y posmodernidad europeas y americanas.

Al situar a Quevedo y el legado cultural español en el centro del mundo intelectual y literario occidental, como un elemento ineludible y motor creador de ese mundo, *Quevedo en el origen y el fin de la modernidad* se enmarca en la estela de estudios sobre el pensamiento y la literatura españoles que en las últimas décadas han reinterpretado y rebatido antiguos tópicos sobre la cultura española, perezosamente catalogada como marginal y/o exótica en el

contexto europeo. Desde perspectivas muy variadas, entre otros investigadores, podrían recordarse en esta tarea a Ángel Gómez Moreno, en sus ya clásicos *España y la Italia de los humanistas*. *Primeros ecos* (1994), *Claves hagiográficas de la literatura española* (2008) o “El retraso cultural de España: fortuna de una idea heredada” (2012), estudios que cuestionan visiones tópicas sobre una supuesta pobreza del Renacimiento español, nacidas en los albores de la filología europea moderna de la mano de autores como Burckhardt o Symonds. En esta dirección también son frecuentes los trabajos de Ignacio Arellano en torno a Quevedo, Calderón y Lope de Vega, entre otros grandes, que ubica en el lugar que les corresponde en el canon europeo sin los prejuicios con que a veces han sido o están siendo leídos. Por otra parte, es digna de ser resaltada la huella del profesor y maestro en la Universidad de Columbia Gonzalo Sobejano. Discípulo a su vez de Dámaso Alonso, Sobejano fue un lector fino y profundo de la mejor poesía y prosa españolas del siglo XVII hasta nuestros días. Asimismo, un libro cuya huella e inspiración resulta notoria es el estudio de Antonio Regalado *Calderón y los orígenes de la modernidad en el Siglo de Oro* (1995). Alejándose de las visiones tópicas sobre Calderón, Regalado resituó al autor de *La vida es sueño* como uno de los precursores de la modernidad junto con Descartes y Cervantes, al tiempo que lo ponía en contacto con las obras de Samuel Beckett, Leibniz, Hofmannsthal, Goethe, Schopenhauer y Benjamin.

En la senda de estos grandes estudiosos, el libro de Hernán Sánchez cuestiona, entre otros, los postulados del ya muy cuestionado *Canon occidental* de Harold Bloom, marcado por el anglocentrismo y de *La poesía del pensamiento* de George Steiner. Recordemos cómo Steiner pasaba revista a los grandes líricos filosóficos europeos (ingleses, alemanes, franceses e italianos) mientras brillaban por su ausencia Jorge Manrique, Fray Luis de León, la “Epístola moral a Fabio”, la epístola a Arias Montano de Aldana o autores contemporáneos como Unamuno y Antonio Machado. Esta exclusión del canon occidental de Quevedo, y de otros eminentes poetas españoles, es enmarcada por Hernán Sánchez dentro de la llamada leyenda negra antiespañola. Don Francisco fue de los escasos pioneros en percibir ese prejuicio como una peligrosa guerra de propaganda y opinión, ya muy difundido en su tiempo. Así se dirigía Quevedo “al lector” de su tratado juvenil *España defendida*, a quien le explicaba las razones que le habían movido a tomar la pluma:

Al lector,

No ambición de mostrar ingenio me busco (en) este asunto; solo el ver maltratar con insolencia mi Patria de los extranjeros (...) no habiendo para ello más razón de tener a los forasteros envidiosos (...) y callara con los demás, si no viera que vuelven en insolencia desbocada nuestra humildad y silencio...<sup>1</sup>

Bajo estas premisas, el libro de Hernán Sánchez analiza las líneas centrales del pensamiento poético, moral, político y teológico de Quevedo, al tiempo que se pregunta acerca del lugar que en la Modernidad europea y americana (es decir hispanoamericana y angloamericana) ocupa ese pensamiento.

El libro consta de una larga introducción sobre Quevedo, “Europa y la modernidad”, seguida de doce capítulos y una coda titulada “Quevedo y España”; a esto se suman tres apéndices sobre poesía moral y amorosa, y sobre el soneto “Miré los muros de la patria mía”. Los dos primeros capítulos enmarcan a Quevedo dentro de la disyuntiva entre modernidad y anti modernidad, y entre una Europa al mismo tiempo deudora de España y enemiga de nuestra nación. En este contexto, la obra de Quevedo es comprendida dentro de una constante dialéctica de contrarios: Quevedo contra Quevedo, Quevedo contra la modernidad, Quevedo contra la reacción a la modernidad. Los postulados reaccionarios del pensamiento de Quevedo se arraigan, explica Hernán Sánchez, en el seno de la doctrina agustiniana de la caída genésica; la criatura humana se percibe como intrínsecamente degradada y propensa al mal. Desde esta concepción pesimista del hombre, Quevedo escribió sátira misógina, homófoba, antisemita y poesía y prosa teológico-política de defensa cerrada de los privilegios de la clase nobiliaria a la que pertenecía; en el campo geopolítico, Quevedo fue el primer proponente moderno de una teoría de la conspiración mundial, una supuesta conspiración internacional política y financiera de cuño hebreo. Es cuestión que Hernán Sánchez percibe como contradictoria en quien fuera admirado editor del cristiano nuevo Fray Luis de León y en cuya obra están omnipresentes, además del Evangelio y de San Pablo, el Génesis, *Qohelet*, Job, los Salmos y el Libro de las Lamentaciones; en suma, la Biblia hebrea. Por otra parte, y esto es algo que a veces se olvida, se destaca cómo Quevedo fue un potente desmitificador moderno de las ideas sociales y las creencias morales del Antiguo Régimen, con páginas audaces y libres, incluida una defensa de la dignidad intelectual de la mujer.

---

<sup>1</sup> F. de Quevedo, *España defendida de los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos*. Edición crítica y anotada de Victoriano Roncero López, Pamplona, EUNSA, 2013, p. 89-

En el terreno estético, como poeta en verso y prosa, en el libro de Hernán Sánchez descubrimos en Quevedo a un forjador de ideas e imágenes no solo en el seno de la tradición hispánica (de Torres Villarroel a Larra y Goya, de Neruda a Octavio Paz), sino como un auténtico modelador y creador de «europeidad», con imágenes y conceptos que han conformado la modernidad intelectual y poética de Europa. Ante nosotros desfilan las poderosas figuraciones intelectuales e imaginativas de Quevedo. Así, por ejemplo, el autor sitúa en una genealogía quevediana al amargado protagonista sentado de *Final de partida*, pieza de teatro del absurdo de Samuel Beckett; procede del mismo modo con el Papa que protagoniza el “Estudio del retrato del papa Inocencio X de Velázquez” (1953) del pintor irlandés Francis Bacon. La inspiración de Beckett y Bacon se encuentra en una de las más impactantes y siniestras representaciones del infierno íntimo del condenado, carcomido por el remordimiento: la de un hombre sentado a solas para la eternidad en una silla; se le describe en el *Sueño del infierno*, de 1608:

y volviendo vi un hombre asentado en una silla a solas sin fuego ni hielo, ni demonio, ni pena alguna, dando las más desesperadas voces que oí en el infierno, llorando el propio corazón, haciéndose pedazos a golpes y a vuelcos<sup>2</sup>.

Hernán Sánchez ve en Quevedo a un maestro en anticipaciones del pensamiento poético de la modernidad occidental. Por ejemplo, el quevediano *hombre deshabitado* de la poesía amorosa y metafísica inspira a “The Hollow Men” (1925) de Eliot y el auto sacramental *El hombre deshabitado* (1931) de Rafael Alberti; el triunfo de la carne, sublimada en la pasión erótica, sobre la muerte (que lleva a Propercio a un estado de delirio) se adelanta a los amores de ultratumba de Edgar Allan Poe; el amante deshabitado de un soneto se describe como “fantasma soy en penas detenida”; en otro soneto el amante existe paradójicamente solo volcado a la tumba, como único destino perenne del amor-pasión: “y siempre en el sepulcro estaré ardiendo”. Todo este delirio de pasiones de ultratumba retorna con Poe. Y así como “el gusano conquistador” y la “máscara de la muerte” de los *Sueños* quevedianos, revelados en cada rostro con los años, inspiraron a Poe su poema “The Conqueror Worm” (1843) y el relato “The Masque of the Red Death” (1842), las audacias sacroprofanas de Quevedo, nos dice Hernán Sánchez, han de retornar en un hijo no solo de Poe, sino del mismo Quevedo: Charles Baudelaire. La sacralización de la pasión carnal prohibida en *Las flores del mal* es deudora de Quevedo, según prueba Hernán Sánchez con numerosos ejemplos. En la prosa, el itinerario de deshumanización estética de *El Buscón* entronca con el *Viaje al fin de la noche* de Louis-Ferdinand Céline, etc. Son estos algunos de los importantes autores de las literaturas del Occidente europeo que desfila en este estudio sobre los herederos de Quevedo.

Las imágenes novedosas y poderosas ligadas a conceptos audaces abundan en la poesía y en la prosa de Quevedo. Por ello, Hernán Sánchez califica al autor de *El Buscón* como uno de los grandes poetas del pensamiento, y como el gran poeta moderno de una nueva interioridad en conflicto consigo misma: Quevedo contra Quevedo. Es una interioridad fracturada, en guerra contra el tiempo y contra la historia que le ha tocado vivir y padecer. La trayectoria que el lector recorre es el de la representación y expresión de un sujeto lleno de ira y de melancolía, que construye y deconstruye su propia identidad a través de las imágenes y conceptos. Cada capítulo del libro abarca

---

<sup>2</sup> F. de Quevedo, *Los sueños*. Edición Ignacio Arellano Ayuso, Madrid, Cátedra, p. 217.

una variedad de textos y poemas, cada uno de ellos signado por un motivo central diferente.

En los primeros se describe a un Quevedo marcado por el agustinismo, la vieja herejía gnóstica del desencantamiento del mundo material, condenada por san Agustín, que sitúa Quevedo dentro de una genealogía de pensadores y poetas modernos, entre los que se encuentran Gracián, Schopenhauer y Cioran. Por su parte, los capítulos IV y V tratan de la estética del advertimiento de Quevedo y de su crítica de la diversión. La diversión es para Quevedo un estado de conciencia inferior y que aparta al hombre de sí y de lo eterno; la influencia aquí de Séneca es evidente, pero en sus formas y variantes, la crítica de la diversión se adelanta al pensador francés Blaise Pascal, y anticipa también la teoría del “ensimismamiento y alteración” de José Ortega y Gasset.

El capítulo siguiente trata sobre *La poesía del horror metafísico*. La poesía metafísica en su conjunto es definida como una poesía al margen del Humanismo; una poesía, que junto a la amorosa del hombre deshabitado, es construida técnica, formalmente, como el reverso preciso de la experiencia mística. Por ejemplo, donde Santa Teresa recomendaba: “Nada te turbe, nada te espante...”, Quevedo cierra el poema metafísico-amoroso “En los claustros del alma la herida” proclamando: “mi corazón es reino del espanto”. El capítulo se centra en comentario del poema titulado *Representase la brevedad de lo que se vive, y cuán nada parece lo que se vivió*, y cuyo célebre arranque el autor compara con “El grito”, el célebre óleo del pintor expresionista noruego Edvard Munch: “¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde? / ¡Aquí de los antaños que he vivido!...”.

El capítulo VIII se detiene en el cancionero religioso moral *Un Heráclito cristiano*, y en la complejidad psicológica de su itinerario moral y espiritual, desde estados de conciencia dominados por imágenes de oscuridad y vacío, sin esperanza en la trascendencia y provenientes del Antiguo Testamento, hasta la paz final de conciencia, de cuño católico. El capítulo siguiente se titula *La ética individualista del sujeto desatado* y cuestiona la ortodoxia cristiana de los versos que cierran la canción “El escarmiento”: “Vive para ti solo, si pudieras; / pues solo para ti, si mueres, mueres”; su motivo esencial lo encuentra Hernán Sánchez en la meditación sobre la pequeña muerte propia, cuyo testigo recogerá un poeta tan celebrado en la Modernidad como Rainer Maria Rilke.

El siguiente capítulo analiza la poesía amorosa como expresión suprema en la lírica occidental de la *violencia de lo sagrado* y de la representación del amante convertido en *chivo expiatorio*. El estudio de Hernán Sánchez se detiene en analizar cómo *el hombre deshabitado* de la poesía metafísica se transforma, en la poesía amorosa de Quevedo, en un sujeto que propone una concepción sagrada del amor profano: un amor como idolatría de la amada, y sometido a la violencia de lo sagrado. En la poesía moral de nuestro autor, por otro lado, el hombre es descrito como una “Nada, que siendo, es poco, y será nada / en poco tiempo”; en cambio, en la poesía amorosa, la pasión erótica espiritualizada es capaz, en una retórica del delirio, de vencer a la muerte, no solo en espíritu, sino materialmente: “polvo seré, más polvo enamorado”.

El libro concluye con el análisis de la teoría de la lectura de Quevedo. La antropología de la lectura de Quevedo es sorprendentemente moderna, y ha de resonar en el Romanticismo y en la actual Posmodernidad en conceptos como la idea humanista de la cultura como hospitalidad y de la biblioteca como refugio, o la creencia de los libros como patria, frecuente en el judaísmo de la Diáspora, que alcanza a Walter Benjamin y Gershom Scholem. Comprueba también el autor cómo diversos teóricos de ámbito anglosajón se situaron, tal vez sin saberlo, en la estela conceptual de Quevedo: la

*ansiedad de la influencia* de Harold Bloom o las *presencias reales* de George Steiner son dos buenos ejemplos.

En suma, como decíamos al principio, en su recorrido por la obra de Quevedo, el autor cuestiona la validez del canon literario y filosófico occidental, y que, salvo excepciones como Cervantes, el don Juan de Tirso, San Juan de la Cruz y Santa Teresa o Gracián, ha tendido a soslayar la originaria potencia generadora de mitos, imágenes, conceptos e ideas de los pensadores y escritores mayores españoles medievales, renacentistas y barrocos: Ramón Llull, Juan Ruiz, Jorge Manrique, Rojas, la Escuela de Salamanca, Quevedo, Lope o Calderón. Erigido Quevedo en representante de una dimensión poderosa de la cultura de España, el libro desemboca en una meditación sobre España y Europa, y sobre el lugar de la cultura española como núcleo generador de la mente y la literatura de Occidente. En suma, por el rigor académico y la pasión inteligente que lo mueve, por el comentario meticuloso y audaz de la poesía de Quevedo, recomiendo la lectura de este volumen a todos los amantes de nuestra literatura clásica.